

MARISTELLA SVAMPA

Disertación para la apertura del Seminario

LOS NUEVOS ROSTROS DE LA MARGINALIDAD

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires
Noviembre 2003

“CINCO TESIS SOBRE LA NUEVA MATRIZ POPULAR”¹

Durante años, y sobre todo en las últimas décadas, la sociología en Argentina ha hecho un relato de los procesos de descomposición social, poniendo escasa atención en los procesos de “recomposición social”. En mi alocución, voy a tratar de mantener el equilibrio entre ambos procesos. Sé que eso es difícil porque los procesos de descomposición, predominan en los análisis de la realidad que estamos analizando, con independencia relativa de los nuevos procesos de recomposición social.

En primer lugar quisiera hacer una presentación aludiendo a las tesis clásicas sobre la marginalidad. Luego, quisiera enunciar cinco tesis acerca de la nueva matriz popular, a partir de una lectura acerca de las consecuencias del proceso de descolectivización en la Argentina.

1- Las tesis sobre la marginalidad nos remiten a los aportes de José Nun, Miguel Murmis, de Aníbal Quijano, entre otros. Sobre éstas hay muchas cosas para decir. En primer lugar, resulta interesante retomar dichas tesis, que fueron producidas en los años '60 y que de alguna manera tuvieron la virtud de poner de manifiesto la especificidad latinoamericana en relación a las sociedades centrales. Así, las tesis de la “masa marginal” o “polo marginal” sostenían que, en nuestras sociedades periféricas, tradicionalmente los individuos han dependido menos de los mecanismos de integración sistémica (proporcionados por el Estado o por un mercado suficientemente expandido), y más, mucho más, de las redes de sobrevivencia que la sociedad ha ido generando desde sus

¹ Publicado en *Laboratorio/on line, Revista de estudios sobre cambio social*, año IV, número 15, primavera 2004, ISSN 1515-6370. Instituto G. Germani, Fac. De Cs Sociales, Universidad de Buenos Aires, [<http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>]

propios contextos de pobreza. Así, la existencia de formas de integración y de exclusión diferenciadas, marcaron desde el origen los procesos de urbanización en las sociedades sudamericanas.

A finales de los años ´60, un grupo de sociólogos y antropólogos retomó esta categorización de “masa marginal” y “polo marginal”, para estudiar las redes de supervivencia que, en un contexto de pobreza y deficitaria integración al mercado, desarrollaban los sectores populares. Esta idea fue instalada por un libro clásico: “Como sobreviven los marginados” de Larissa Lomnitz, que ya en sus primeras páginas alertaba a las Ciencias Sociales de no haber descrito aún aquellos dispositivos de proximidad que desarrollan los marginados. En el libro, la autora trataba de mostrar cómo era posible la sobrevivencia en los márgenes en una barriada de la Ciudad de México.

He aquí una inflexión importante entre los trabajos clásicos sobre la marginalidad, una inflexión importante de cara al conjunto de las Ciencias Sociales latinoamericanas. No se debe olvidar que la mayor parte de los pensadores y los teóricos que afirmaban que había un déficit constitutivo en la sociedad latinoamericana, defendían la hipótesis revolucionaria, como única salida posible del estado de postración y dependencia de las sociedades periféricas de ese tiempo.

Sin embargo, al mirar bien de cerca las tesis sobre la marginalidad, lo que se observa es que dichas tesis, en realidad, ponían en entredicho la posibilidad de la constitución de un actor revolucionario en el sentido clásico y canónico del término. Más aún, de leer hasta el último detalle, las tesis sobre la marginalidad deslizan una seria desconfianza sobre la posibilidad de construir un sujeto revolucionario “desde abajo”. Con esto quiero señalar menos una crítica a tal concepción (sobre la posibilidad o no de que se constituya un agente de cambio social), y mas poner el acento en un tipo de mirada típica, propia tanto la Sociología Política como la Economía Política de la época. Estas eran miradas desarrolladas básicamente “desde arriba”, que partían de la caracterización del modelo de acumulación, de su inflexión específica en América Latina, para explicar sin más la reproducción de la dominación y la dependencia “desde abajo”. Poco se decía, sin embargo, sobre los actores sociales y sus propias experiencias.

Con el paso del tiempo, en la medida en que la hipótesis revolucionaria - íntimamente asociadas a estas miradas “desde arriba”- desaparecía del horizonte de las sociedades latinoamericanas, la vía de análisis dentro de las Ciencias Sociales consistirá en tratar de descubrir y abordar, precisamente “desde abajo”, los mecanismos de sobrevivencia que

desarrollan los actores sociales más desfavorecidos. No es casual entonces que de ahí en más, a partir de los '70, hayan comenzado a desarrollarse innumerables trabajos sobre la informalidad y sobre las redes de pobreza. Este interés conllevó el pasaje de la Sociología Política y de la Economía Política, a la Economía sin más, a la Sociología sin más, y a la Antropología sin más, como disciplinas que incluyeron como dimensiones de análisis los fenómenos microsociales de la pobreza. Efectivamente, estas miradas tienen la virtud de contemplar la experiencia de los actores; pero en contrapartida, el problema actual es que no existe una perspectiva abarcativa o global de los procesos, al tiempo que existen pocos esfuerzos por desarrollar una mirada política de lo que ocurre “desde abajo”. Poco queda de aquella Sociología Política que fuera tan crítica en la América Latina de los años '60 y '70.

Pero volviendo al tema de la marginalidad, una buena pregunta para hacer inmediatamente es hasta qué punto estas tesis reflejaban o se correspondían con el modelo de dependencia que encarnaba la Argentina por aquellos años '60. En realidad, desde una perspectiva histórico-sociológica resulta necesario matizar este diagnóstico en relación con el caso argentino, pues, hasta no hace mucho tiempo la Argentina era uno de los pocos países latinoamericanos que contaba con amplios contingentes de la sociedad vinculados al mercado de trabajo formal –sobre todo en los polos industriales– y por ende, marcados por una situación de goce de derechos (en términos de protección social, estabilidad y derechos sociales).

Sin dudas, la nuestra fue una sociedad donde existieron clases medias fuertes y expandidas, y sectores populares integrados en términos de derechos sociales, estabilidad laboral y protección social. En ese sentido se puede decir que la Argentina tenía un piso demasiado alto comparada con otras sociedades latinoamericanas y un techo demasiado bajo respecto de las sociedades centrales. La situación argentina exhibía así cierta excepcionalidad y, por ende, variables distintivas en relación a la construcción de la ciudadanía, aquello que supo sintetizar el “modelo peronista” de los años '40/'50. Sin embargo, el modelo peronista de ciudadanía estaba lejos de garantizar un acceso igualitario a los derechos y beneficios sociales. En definitiva, más allá de la expansión de las clases medias y la integración de un amplio sector de las clases trabajadoras, la Argentina estaba lejos de ser una sociedad “desarrollada” y mucho menos una supuesta encarnación de la “justicia social”. Aún así, es innegable que, hasta no hace mucho tiempo, era un país recorrido por una lógica más igualitaria y por una distribución de la riqueza mucho menos inequitativa que la actual.

Ahora bien, en los últimos treinta años, el pasaje a un nuevo modelo societal se tradujo por una fuerte transformación de las pautas de integración y exclusión social, proceso que multiplicó las desigualdades sociales preexistentes y aumentó las distancias sociales. Un verdadero proceso de descolectivización que actualiza ciertas tesis de la teoría de la marginalidad, elaboradas hace cuarenta años. Por “descolectivización” -un término que retomo de R.Castel- entiendo la pérdida de aquellos soportes colectivos que configuraban la identidad del sujeto con referencia al mundo laboral, pero también la pertenencia de clase, porque no debe olvidarse que no sólo amplios sectores de las clases populares fueron expulsados del mundo del trabajo, sino también con amplias franjas de las clases medias, que sufrieron un proceso de pauperización, siendo en muchos casos, expulsados de sus propios colectivos de pertenencia. La descolectivización en la Argentina no tiene una secuencia única. En este sentido, pueden distinguirse por lo menos tres etapas. La primera arranca en los años '70, a partir del modelo que implementa la dictadura militar. En ese momento se dio la primera ola de desmantelamiento industrial que afectó sobre todo a los trabajadores menos calificados. La segunda ola de descolectivización se concretó bajó con el gobierno neoliberal de Carlos Menem, que afectó sobre todo a los trabajadores industriales del gran cordón industrial del Conurbano, a trabajadores de pequeñas industrias, propietarios de comercios y empleados ligados al Estado. La tercera ola que se inició en 1995, implicó una entrada a la recesión y a la desocupación masiva que aceleró la expulsión del mercado laboral y el pasaje al trabajo informal. Recordemos que, si bien este proceso comienza a desarrollarse en la Argentina a partir de los años '70 y encuentra en los '80 una fuerte expansión, es en los años '90 que el empleo informal adopta masivamente la característica de actividad de refugio.

En este sentido, podemos decir que el proceso de descolectivización se sitúa entre dos extremos, puede ser de larga data, o puede ser reciente, pero en todos los casos señala la entrada a un período signado por una precariedad y una inestabilidad cada vez mayor. Así, sea en una perspectiva de largo o mediano plazo, la declinación de los marcos tradicionales que estructuraban el mundo de los trabajadores urbanos devino inevitable.

A pesar de ello, creo que uno de los elementos cruciales de la experiencia, no es tanto el carácter inevitable de la crisis y la desaparición del modelo tradicional, sino más bien la distancia personal y colectiva que se establece entre aquel modelo de origen y la dinámica o experiencia de los actores. En este sentido, bien vale la pena preguntarse hoy, en el año 2003, qué impacto ha tenido la experiencia de descolectivización masiva que

atraviesa a la Argentina y, en particular, a los sectores populares. En suma, qué marcas trae, qué nuevas formas sociales, qué nuevos lazos ha creado al interior del mundo de los sectores populares.

2- Quiero enunciar y desarrollar brevemente cinco tesis al respecto. La primera se refiere a los pocos vestigios que sobreviven del mundo tradicional peronista en los sectores populares. La segunda tesis se relaciona con la manera en el peronismo redefinió en los '90 su intervención en los sectores populares. La tercera enuncia el nuevo entramado popular. La cuarta, con las instancias de recolectivización que pueden detectarse hoy por hoy. Por último, la quinta, remite a la omnipresencia del Estado dentro del empobrecido mundo popular.

Con respecto a la primer tesis, podemos enunciarla así: *Quedan pocos vestigios acerca de esa supuesta edad de oro que representó el modelo peronista (que articulaba, entre otros elementos, bienestar social y orgullo del trabajador industrial), en la subjetividad de los sectores populares.* En las investigaciones que he hecho sobre peronismo y mundo sindical, he podido ver que en las generaciones mayores existe un recuerdo de lo que fueron las luchas sociales. En éstas, persiste la idea de “derechos”, pese a todos los intentos que se han hecho por dismantelar inclusive ese recuerdo. Sin embargo, en las jóvenes generaciones prácticamente no hay vestigios de ese mundo o de la idea de “derechos”. Quizá esto tenga que ver con que los jóvenes son los que han sufrido los efectos del proceso de desinstitucionalización que caracteriza a la Argentina en los últimos quince años. Así, los jóvenes tienen poca o nula experiencia laboral, la mayoría no han podido entrar al mercado de trabajo ni están integrados al sistema educativo; tienen poco contacto con las instituciones políticas, y están escasamente integrados a los circuitos de consumo. Además, y como corolario, son objeto de persecución policial en los barrios, lo cual a menudo los hace víctimas del gatillo fácil. Con ello quiero enfatizar que estamos asistiendo a una transformación importante en la construcción del sujeto: de una subjetividad definida fuertemente por su inscripción en mundo el trabajo o por su adhesión política (al peronismo), pasamos a una subjetividad definida por la experiencia de la desinstitucionalización, de la distancia, de la ausencia, en relación a aquellos colectivos que anteriormente integraban al sujeto. La subjetividad actual se nutre de experiencias relacionadas con el consumo (volátil por definición y restringido sin dudas, cuando hablamos de las clases populares), y también con la represión. Insisto en la importancia de este último componente, pues la experiencia de la

represión frente a la policía es una constante, constituyéndose en un elemento fundante de la subjetividad para la juventud. Todo esto me lleva a afirmar que la experiencia popular comienza a definirse predominantemente a partir y desde el desarraigo y de la distancia.

La segunda tesis que me interesa presentar es cómo el peronismo redefinió sus estrategias de inserción en el nuevo mundo de popular que se va diseñando a partir de los '70, a partir del empobrecimiento creciente de los sectores populares. Es cierto que nosotros, los sociólogos, tendemos a leer, o durante mucho tiempo tendimos a leer los cambios en el mundo popular a través de los avatares del sindicalismo y a éste, a partir de los cambios en el peronismo. El caso es hoy en día todos somos conscientes de que se ha producido una disociación, una separación muy profunda entre lo que es el mundo del trabajo formal, el mundo sindical y el mundo popular, entonces, es lógico preguntarse cómo el peronismo modificó sus modalidades de intervención dentro del campo de los sectores populares. Si en la actualidad el nexo ya no puede ser el sindicalismo, éste será provisto por las nuevas modalidades de intervención territorial, muy marcadas por la focalización propia de las políticas sociales.

De manera general, esto reenvía al cambio en las formas de intervención del estado sobre la sociedad, a través de la descentralización administrativa y la focalización de políticas sociales, consolidada bajo el gobierno de Menem. De manera específica, implica considerar el cambio operado en las relaciones entre peronismo y sectores populares, a través de la multiplicación de las formas de intervención más políticas en el mundo popular. Así, desde fines de los '80, y gracias a una implantación territorial pre-existente, el vínculo entre peronismo y mundo popular se fue transformando, pues éste ya no va a realizarse tanto a través de los sindicatos, sino de las organizaciones barriales y/ o comunitarias, quienes se encargarán de gestionar las necesidades más básicas, ligadas primero a la lucha por la vivienda y los servicios, extendidas después a las demandas de trabajo y asistencia alimentaria.

En suma, en plena reforma neoliberal, y a través de una política de focalización de la asistencia social, el peronismo pudo garantizar su hegemonía en el mundo popular a partir del armado de una densa red de relaciones territoriales cuyo rasgo mayor fue el *clientelismo afectivo*; a saber, un vínculo donde convergían la dimensión utilitaria de la política (reforzada por la omnipresencia de las demandas dirigidas hacia las instituciones políticas) y la dimensión afectiva (manifiesta a través de diferentes modalidades de identificación con los líderes -la lealtad y la memoria peronista)

La tercera tesis se refiere a aquello que efectivamente cambió en el entramado de lo popular. Dicho de otro modo: asistimos al pasaje del mundo de los trabajadores urbanos al mundo comunitario de los pobres urbanos. La presencia de organizaciones comunitarias en la definición de la nueva matriz popular es innegable. Entre estas organizaciones encontramos ONGS, organizaciones religiosas, como Cáritas, comedores, sociedades de fomento; más o menos independientes del poder político; Organizaciones piqueteras, que realizan un intenso trabajo de gestión comunitaria en los barrios; en fin, organizaciones barriales punteriles, completamente dependientes del PJ. Es un mundo bastante reciente que empieza a desarrollarse con la crisis hiperinflacionaria del '89, y comienza a tener más visibilidad en los '90, y mucho más claramente, después de la gran crisis de 2001. Así, en la Argentina actual, la nueva matriz popular está conformada por un sinnúmero de organizaciones que poco tienen que ver con el mundo de los trabajadores urbanos que se extendió entre los años '40 y los '70, y mucho más con el mundo comunitario de los pobres urbanos, como sucede desde hace tiempo en otros países de América Latina.

Sostengo que este mundo es un indicador de la importancia cada vez mayor de la dimensión territorial de la política. Desde hace un tiempo, la emergencia de una fuerte dimensión local y territorial viene planteando nuevos interrogantes: están quienes se preguntan, por ejemplo, si lo local es un espacio de ejercicio de la ciudadanía, o bien, si lo local sólo se reduce a nuevas formas de regulación comunitaria que apuntan sólo a limitar y controlar la pobreza. Yo creo que para responder ese interrogante hay que indagar más a fondo en los tipos de organizaciones comunitarias efectivamente existentes en la Argentina, a fin de preguntarse si existen o no organizaciones que promueven la autonomía de los sujetos, que impulsan el desarrollo de capacidades y saberes tanto políticos como sociales. Pues, sucede que todas las organizaciones realizan trabajo comunitario; todas orientan sus demandas hacia el Estado, todas aparecen como mediadoras entre el Estado y los sujetos. Sin embargo, es necesario señalar que no todos los mediadores son iguales; no todos engendran el mismo tipo de lazo social, no todos desarrollan las mismas prácticas sociales, ni aspiran a los mismos objetivos. En otros términos: no es lo mismo, para citar un ejemplo, un agente de Cáritas, un puntero peronista, que una organización piquetera. Lo peor que podría hacerse es tratar de simplificar y concluir rápidamente que todas las organizaciones comunitarias, por encima de su diversidad, conducen a los mismos resultados.

La cuarta tesis es un corolario de lo dicho, por la cual afirmamos que existen formas de mediación que pueden abrir una brecha política en el mundo comunitario de los pobres urbanos. En este sentido, creo que las organizaciones piqueteras, en tanto estructuras territoriales, a la vez sociales y políticas, son las que están mejor colocadas para abrir esa brecha. Esta brecha política da cuenta de la emergencia de nuevas prácticas sociales, que nacen de la articulación entre trabajo comunitario y dinámica asamblearia. Esta brecha puede encontrarse allí donde hay reapropiación del trabajo autogestivo, cuya aspiración o meta sea tanto la recreación de los lazos sociales como la autonomía de los sujetos, bajo nuevos moldes societales. En este sentido, bien puede afirmarse que las experiencias políticas propulsadas por algunas organizaciones piqueteras ilustran un proceso de *recolectivización*, muy diferente al de otras épocas, más allá de la precariedad en la que trabajan los militantes (ya que la mayor parte de sus energías están depositadas al trabajo más ligado a las necesidades básicas); más allá de la falta de experiencia y la ausencia de recursos; por último, más allá de la ambigüedad de sus relaciones con el Estado.

La última tesis que quiero enunciar se refiere a la omnipresencia del Estado en el nuevo entramado popular. Se trata de una omnipresencia que remite sin duda al modelo asistencialista de la política, cuyas características más distintivas aparecieron en esta etapa de globalización neoliberal. Pese a que muchos han insistido sobre el retiro del Estado, en realidad, el Estado reaparece transfigurado para intervenir sobre aquellos que no están en condiciones de acceder a los bienes que propone el mercado, ni de ser incluidos en los circuitos de consumo.

Esta nueva dialéctica de la inclusión y la exclusión tiene como base una redefinición de los roles del Estado y del mercado, como también, de manera más contundente, una redefinición del rol individuo. Dicho de otro modo, el cambio en las formas de regulación estatal, la primacía del mercado como mecanismo de inclusión, van de la mano de una concepción del individuo (o del proceso de individualización), que enfatizan la noción de sujeto competente, de autorregulación, esto es, un individuo al cual se exige que se haga cargo de sí y que desarrolle las competencias y recursos necesarios para su inclusión en el mercado y el acceso a los bienes sociales, independiente de los recursos y soportes pre-existentes. Claro está, no es lo mismo que esta exigencia de individualización o autoregulación en el marco de un estado de bienestar, que en medio de un proceso de desregulación vertiginoso y radical, como el que se operó en Argentina. La diferenciación se acentúa si a esto agregamos que no todos los individuos contaban con los soportes

materiales (en terminos de derechos e inscripciones colectivas), sino que precisamente el proceso se caracterizó por una erosión y conculcación de los mismos, esto es, por un proceso inédito de descolectivización, que debe ser leído a su vez, como un proceso de descuidadización.

Hay una frase de un sociólogo italiano, Giuseppe Améndola, quien dijo, *“se autorregulan los que pueden, pero para los que no pueden está el Estado”*. La frase nos adelanta cuál es uno de los roles del Estado en relación con los sectores que no pueden autorregularse en el sentido liberal del término.

Respecto de los sectores vulnerables y excluidos por el nuevo modelo, el Estado neoliberal definirá su intervención cada vez más a través de una batería de políticas sociales focalizadas. Así, no olvidemos que, desde fines de los 80, asistimos a una sucesión de planes que fueron incrementándose hasta la actualidad: desde las primeras cajas PAN del año '85, o el plan País en los primeros '90, o el plan Vida de las Manzaneras, los planes Trabajar 1, 2 y 3 hasta el plan Jefas y Jefes de Hogar, actualmente es el de mayor envergadura en América Latina, ha habido una gran inflexión. En este sentido, Plan Jefas y Jefes de Hogar es, en tanto subsidio compensatorio, no solo representa una continuación de las políticas anteriores, sino más bien la consolidación de la política social propia de la matriz neoliberal de los '90.

En fin, el Estado no solo penetra ahí donde ha sido el terreno de reivindicaciones políticas de los llamados movimientos sociales urbanos, sino que además, a través de la articulación entre políticas sociales focalizadas y redes comunitarias, controla la vida y la reproducción de la vida de millones de personas pobres en Argentina. El estado no solo se limita solo a gestionar las necesidades básicas insatisfechas, sino que tiende a desarrollar una dinamica “resocializadora” (tomo esta expresión de Ines Gonzalez Bombal), a través de una batería multiple de planes sociales (de asistencia alimentaria, de transferencia de recursos financieros, de salud, de vivienda, etc). Para decirlo en términos foucaultianos, el estado neoliberal desarrolla el control biopolítico de la población pobre. Orientado a una estrategia de contención del conflicto social y de la miseria, su objetivo es integrar al excluido en tanto excluido.

Por otro lado, no olvidemos que ahora el Estado exige mucho mas de los individuos de lo que exigía el modelo anterior. Pero lo que exige dentro del mundo popular no es autorregulación individual (no es posible, a falta de soportes materiales), sino más bien la autoorganización comunitaria. No es raro por ello que los organismos internacionales avalen y fomenten el desarrollo de redes comunitarias locales, antes vistas como residuos arcaicos u obstáculos a la modernización y al desarrollo. Como afirma mi colega salteña, Sonia

Alvarez, lo comunitario termina siendo la panacea para un modelo o paradigma de desarrollo humano (fomentar las capacidades comunitarias, a través del capital social) lo cual resulta ser funcional a la reproducción de la pobreza .

Quiero concluir con un pregunta. Es innegable la presencia del Estado en el mundo popular y las características que asume su presencia ¿Esto significa que no existe entonces la posibilidad de reapropiación o de resignificación de lo comunitario por parte de los sujetos en clave de política emancipatoria? Es bueno volver a la cuarta tesis, para recordar que la realidad nunca discurre linealmente, pues si bien es cierto que la demanda de auto-organización comunitaria es, por un lado, un imperativo impulsado “desde arriba”, con claros objetivos de control social, también ésta ha sido y sigue siendo el resultado de las luchas “desde abajo” (esto es, una expresión de la creación de nuevos lazos sociales a través de la auto-organización colectiva). Pese a las dificultades, estas experiencias de auto-organización han ido abriendo brechas, aunque modestas y precarias, muy importantes en términos subjetivos y políticos. En suma, pienso que la auto-organización comunitaria, como una de las marcas más visibles de la política contemporánea argentina no es un dato menor. De sus potencialidades disruptivas nos hablan no solamente la experiencia de ciertas organizaciones piqueteras, sino también lo efectivamente consolidado a partir de las experiencias asamblearias desarrolladas a partir de 2002, aquellas de las fábricas recuperadas y, en otro orden, la proliferación de colectivos contraculturales. Su fragilidad y vulnerabilidad no nos exime del análisis de las enormes dificultades que presentan las diferentes experiencias, pero tampoco nos puede llevar a minimizar los esfuerzos de recomposición novedosos y disruptivos, que se han venido desarrollando en la Argentina contemporánea.
